

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La problemática de la violencia en la revista Pasado y Presente. Algunas notas introductorias.

Ribadero, Martín.

Cita:

Ribadero, Martín (2009). *La problemática de la violencia en la revista Pasado y Presente. Algunas notas introductorias. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1052>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La problemática de la violencia en la revista *Pasado y Presente*. Algunas notas introductorias

Ribadero, Martín

Introducción

Este trabajo tiene como finalidad explorar el pensamiento político de una fracción del campo intelectual argentino agrupada a través de la revista *Pasado y Presente* en relación a los discursos que elaboraron a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 sobre la idea de violencia. Si bien este se enmarca en uno de mayor alcance, tratando de analizar estas cuestiones pero abordando a otros grupos de intelectuales de izquierda, aquí se intentará indagar sobre cómo estos intelectuales pusieron en circulación discursos e ideas vinculadas con la violencia que, intentando expresar en términos simbólicos una realidad social mucho más vasta en la cual estos estaban insertos, evidenciaban al mismo tiempo una creciente interconexión entre la labor del intelectual y la situación político-social de la argentina de los años 1960 a 1980.

En un momento actual en que los análisis sobre la violencia de esos años han tomado casi un vuelo propio en los distintos campos de quehacer intelectual y académico, el trabajo aquí presente intenta focalizar más bien en los intelectuales de izquierda y antes que en las organizaciones político-militares aunque es muy cierto que los límites entre el intelectual y el militante en este período van a tender a ser ciertamente imprecisos. Y no es que no se tenga presente esa problemática, sino que será asumida como un horizonte en donde se posará la mirada casi ineludiblemente, pero en donde ese “casi” posee el suficiente espacio como para introducirnos en una propia: la de los intelectuales y la elaboración de un discurso sobre la violencia que finalmente era ofrecido al marco societal para la construcción de un determinado sentido. Un sentido que al mismo tiempo estará en disputa y circulación con los ofrecidos por otros protagonistas del campo intelectual y político, incluida la propia producción de las corrientes de pensamiento ubicadas a la derecha del mismo.

En cuanto a la estructura del trabajo, en un primer momento nos adentraremos en el análisis de la revista en su primera etapa (1963-1965) y sobre cómo sus integrantes reflexionaban sobre la violencia, tratando de vincular el pensamiento político general de cada autor con un discurso más particular ligado a la idea que tenían sobre esta. En este tramo se tratará de delinear con especial atención la recepción de ciertas obras capitales

para el pensamiento de la época como fue el caso del libro *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon, junto al famoso prólogo de Jean Paul Sartre que lo precede.

En una segunda parte, se trabajará de la misma manera pero con los dos números de la revista y que marcan a su vez su segunda etapa que abarcó todo el año de 1973. Al mismo tiempo, se establecerán ciertas cuestiones principales propias de este tramo en un contexto marcado por una creciente radicalización de las distintas fuerzas sociales, y en donde el peronismo aparecía para el grupo como una clara opción político-revolucionaria

En la última parte, el de las conclusiones, volveremos sobre los pasos dados en forma de balance y se establecerán algunas consideraciones para una futura profundización del tema general ya advertido.

Pasado y Presente y las reflexiones sobre la violencia

a) Primera etapa (1963-1965)

La revista *Pasado y Presente* representó una de las manifestaciones político-culturales de izquierda más notoria de los años '60 y '70. Su funcionamiento estuvo específicamente en la ciudad de Córdoba, en un momento en que comenzaba a delinearse un proceso de modernización y desarrollo económico-social que la caracterizaran durante décadas¹.

Mientras tanto, y una vez establecida la línea editorial en el primer número aparecido hacia mediados de 1963, un grupo de sus integrantes, en forma casi instantánea, se vera expulsados del Partido Comunista argentino, al pregonar en la revista una línea de pensamiento, de trabajo y de acción política que los colocaba en las antípodas de lo que el partido venía realizando desde décadas anteriores.

En esta primera etapa, y en el marco del surgimiento de otras revistas o microsociedades² que comenzaban a circular en el mundo de los intelectuales de la

¹ Para contextualizar la situación de la ciudad de Córdoba durante esos años, ver Burrgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 2004, pp. 65 y siguientes.

² Este trabajo se sustenta en los linamientos aportados por Silvia Sigal en obra su ya clásica obra sobre los intelectuales críticos de los sesentas, quién ha profundizado la línea teórica establecida por Bourdieu y al mismo tiempo advertido sobre la poco conveniente para el análisis sobre el lugar social de los intelectuales trasplantar mecánicamente la noción de campo intelectual al caso argentino.

izquierda marxista y del espectro nacional-popular, *Pasado y Presente* se convirtió rápidamente en una usina intelectual que represento, como un síntoma, la creciente politización de la época y del propio lugar del intelectual de izquierda. Politización que emanaba sobre todo de un marco nacional y mundial cambiante en donde al junto al surgimiento de una industria cultural y de un mercado de jóvenes consumidores de bienes culturales, confluían procesos políticos como la revolución cubana, la descolonización de África y Asia, así como el deshielo del mundo comunista y cierta activación de los sectores subalternos de la sociedad argentina, en una generación de clase media que buscaba casi desesperadamente referentes políticos e intelectuales que posibiliten comprender su propio lugar social³.

Algunos de estos temas van a comenzar a manifestarse en los distintos números de esta primer etapa que concluye en 1965 y que delinearan un perfil de la revista cuyo eje estará en buscar una articular una renovación ideológica y cultural y una intencionalidad de proyección política sobre una situación nacional que, en rasgos generales, era considerada por Aricó de una necesaria “transformación revolucionaria”, o en forma más tajante Portantiero, “como (de) una crisis profunda de toda la estructura económica, que ha agudizado la lucha entre los asalariados y los dueños de los medios de producción, creando una “típica situación revolucionaria”⁴. En consecuencia, y desde ese intento de cambio del panorama “ideológico y cultural” de la izquierda marxista, la revista buscaba un “anclaje” social que se revelará por demás problemática al menos durante esta etapa. Y sin embargo, a esa constante búsqueda de desarrollar un vínculo “orgánico” con un proletariado apenas conocido y hasta ajeno dada su fuerte identificación con el peronismo, *Pasado y Presente* intentará continuamente pensar de qué forma, esto es, a través de qué tipo de organización política y con qué herramientas teóricas y políticas, es posible elaborar una determinada lectura política “correcta” de correlación de fuerzas imperantes y al mismo tiempo determine no solamente cual sería la forma mas conveniente de organización para las “fuerzas revolucionarias”, sino

Pero quizás también sería interesante pensar las implicancias empíricas de los principales lineamientos establecidas al respecto por Raymond Williams. Fundamentalmente, la idea de *formaciones*: al entender el autor que la vida intelectual y cultural muchas veces no está estructurada por instituciones identificables o un vasto y completo campo que conlleve a pensar en la estabilidad de un propio y autónomo espacio del saber, sino que existen en forma complementaria ciertos espacios no demasiado estructurados.

³ Aricó, José “Pasado y Presente”, en *Pasado y Presente*, n°1, 1963, pp 3-4.

⁴ Portantiero, Juan Carlos “Política y clases sociales en la Argentina actual”, en *Pasado y Presente*, n°1, 1963, pp 18.

también delimitar un determinado lugar y sentido a su discurso y a su propia situación social.

Desde el primer número de la revista es posible percibir una preocupación por la construcción de una nueva subjetividad revolucionaria, a través de la búsqueda de distintas mediaciones posibles entre una filosofía que es la de Marx y una realidad cambiante “en la que no existen solamente clases sociales y sus luchas, sino también una multiplicidad de grupos humanos y organizaciones de diversos tipos que no pueden ser descartados de una investigación”, y que de alguna manera se va a encarnar en esa imagen articuladora de lo social que la fue la idea Hombre Nuevo⁵.

Más allá de la forma de lucha que se lleve adelante, la lucha armada o situación insurreccional, o la forma de organización que se cree, partido, consejos obreros, organizaciones político-militares, lo que es posible vislumbrar en gran parte de los artículos de los intelectuales agrupados en la revista, es el lugar de violencia como un momento necesario de la lucha social. La idea general era que ante una violencia que era ejercida “desde arriba”, desde el bloque dominante, era ineludible contraponerle para la liberación de los sectores subalternos una determinada violencia “desde abajo”.

En rigor, será a través del artículo de Rozitchner titulado “Marxismo o Cristianismo” en donde de manera extensa y argumentada, se puede comenzar a vislumbrar como esa violencia comienza a recibir un tipo de estructuración y sentido vinculado, dirá el autor a las “condiciones de la materialidad capitalista”. Allí Rozitchner se dedica a criticar de manera feroz los argumentos que Conrado Egger Lan afirmara al negar el carácter necesariamente agresivo y material de la lucha social y en su lugar aseverar que el “amor” debería obligar a los hombres a “conciliar a los opuestos”, “amar las incompatibilidades” que la sociedad argentina de entonces manifestaba abiertamente⁶. Para el filósofo la idea que Egger posee de las relaciones sociales entre los hombres y mujeres en las sociedades capitalistas están asociadas a entender que “ el amor universal actual, a su espiritual manera, pretende realizar la conversión de los hombres en el plano del “espíritu”, pero con ello obtiene sobre todo un resultado: convertir a la fuerza revolucionaria en debilidad, la transformación de su

⁵ Es interesante notar como esa idea de Hombre Nuevo, en realidad permitía articular en si misma, todo un cúmulo de situaciones y pensamientos sociales, ideológicos; tácticos y estratégicos de las más disímiles procedencias unidas por un misma noción general: el nacimiento de un orden social vinculado a los preceptos del socialismo, acompañada opcionalmente a la idea de violencia como generadora y liberadora de esa nueva situación social. Sin embargo esta compleja y ambigua relación entre Hombre Nuevo y violencia no esta presente exclusivamente en *Pasado y Presente*, sino que es posible hallarla también en otras publicaciones de izquierda de la época como *El Escarabajo de Oro* y *el Grillo de Papel*.

⁶ Rozitchner, León “Marxismo o cristianismo”, en *Pasado y Presente*, n°2, 1963, pp 125.

materialidad humana en abstracción”, para, finalmente, despojar al hombre, al sometido, su único tesoro, “su única brújula en el medio hostil que lo rodea: el odio es decir, la exacta respuesta para la exacta agresión que se les realiza⁷. Según Rozitchner esta idea del amor simbolizado, abstracto, inoperante antes los términos violentos en que el imperialismo, las clases dominantes argentinas y la iglesia ejerce sobre la vida de los “millones de necesitados, condenados al hambre, al sufrimiento, al analfabetismo, o a la muerte prematura”, es nada más y nada menos que una “ideología justificadora de la maldad”, que no hace más que evidenciar su falta de relación con lo material⁸. Esa materialidad en todo caso revelaría una sola cosa: que “allí donde la estructura es material –el amor al hombre, por ejemplo- nos parecería absurdo oponerle al que sojuzga la eficacia simbólica de las conductas espirituales”, o de combatir la lucha concreta que se realiza en lo social y económico con la idea de la no-violencia que emana de la abstracta figura del amor escrutada por Egger Lan.

Aquí, entonces, para Rozitchner la violencia se avecina como una instancia liberadora, surgida de las mismas entrañas de la materialidad. Ese sentido de la violencia esta asociada a un accionar liberador ineludible para que esos “millones de hombres” no padezcan los infortunios del sistema social capitalista-dependiente. Si bien a este análisis social Rozitchner no lo vincula a alguna específica matriz organizativa o teórico-política, en donde se pudiera realizar esa violencia liberadora de los oprimidos, es sin embargo interesante observar como comienza a construirse una imagen de la violencia, una interpretación y un lugar en el discurso de esta franja de intelectuales de izquierda de los '60.

Este sentido material de la violencia ejercida “desde arriba”, vinculada a una violencia económica que se desprende del papel dominante del imperialismo, del sistema capitalista sobre el país y sobre una región que comenzará a delimitarse con el nombre del “Tercer Mundo”, será un espacio común en las distintas editoriales y artículos de los intelectuales pasado presentitas, como puede verse en el texto de Aricó “El Stalinismo y la responsabilidad de la izquierda”. Allí no solamente el autor se consagra a denunciar la situación de explotación económica del imperialismo sobre el “Tercer Mundo” sino que también se dedica a fustigar sobre la responsabilidad del “mundo comunista” por el atraso ideológico-político que significo la difusión de una forma dogmática de entender el marxismo, y la política opresiva del estalinismo que a

⁷ *Op. Cit.*, pp 125.

⁸ *Op. Cit.*, pp. 130.

través de la “tortura, los crímenes y los trabajos forzados” llevo a la muerte a millones de inocentes y militantes. A esta denuncia de la violencia discursiva e ideológica se le superpuso una violencia política y opresiva que la Unión Soviética ejerció durante décadas, y que recién a partir del XXII Congreso del P.C.U.S fue posible, según Aricó, comprender: “como si una venda se nos cayera de los ojos y al observar las contradicciones, las lacras, las llagas, que atormentaban esa sociedad que hasta ayer creímos perfecta, pudimos recién comprender (...) todo lo que representa para nosotros y para todos los hombres que ansían un nuevo mundo”⁹.

De esta manera la violencia y la opresión no solo estaban identificadas con el imperialismo y las fuerzas nacionales capitalistas sino que también era asumida como parte de la vida al interior del socialismo realmente existente. Esta creciente visibilidad de la violencia como constitutiva, en última instancia, de las relaciones humanas, se revelaba también como una característica general del mundo de la época, como una especie de presente permanente y perpetuo que estaba más allá de las posiciones políticas e ideológicas sean estas de derecha o de izquierda. Esto no quiere decir, sin embargo que el momento de la política en torno al establecimiento de acuerdos y diálogos programáticos no haya estado presente en el pensamiento de estos intelectuales. Mas bien es nuestro recorte problemático el que coloca al tema de la violencia en el centro de la escena.

La liberación, entonces, del peso opresivo y violento que tanto del imperialismo como del comunismo hegemónico ejercen, a su vez implicaba para estos intelectuales, poder pensar un camino propio hacia la revolución y dar así lugar a una apertura hacia nuevos constructos conceptuales y teóricos que puedan acompañar una nueva práctica política. Tanto Cuba como Argelia se revelaran de esta manera como las nuevas referencias que auspiciaban un necesario proceso “creativo” para pensar la revolución, situación que los intelectuales nucleados en *Pasado y Presente* a partir del número cuatro de la revista comenzarán sobre todo a colocarlas en el horizonte de referencias posibles.

En ese número aparecido en 1964 la revista toma en forma notoria un camino más “político” que “cultural”, percibido desde el índice mismo. Se inmiscuye plenamente en los problemas del denominado “Tercer Mundo”, sobre los caminos de la revolución y del papel de los intelectuales y la violencia en ella. Cómo indica Burgos,

⁹ Aricó, José “El Stalinismo y la responsabilidad de la izquierda”, en *Pasado y Presente*, n°2, 1963, pp 197.

en esta etapa de la revista que él denomina como “guerrillera”, la novedad y la particularidad del editorial de José Aricó titulado “Examen de conciencia”, pasa por la matización de la importancia de la cuestión obrera como el eje desde donde pensar el proceso revolucionario y la preeminencia de afirmaciones de tipo guevarista-debrayano¹⁰.

Si bien la centralidad del “sujeto revolucionario” proletario y sus diversas organizaciones y formas de acción política se mantiene, en varias partes del artículo Aricó, al dividir el espacio nacional en dos regiones diametralmente opuestas, el “interior” y el “litoral”, destaca que el núcleo que es dominado en la primera forma social, las masas campesinas, están imposibilitadas de ejercer una resistencia y una posterior lucha revolucionaria tal como ocurre en la sociedad civil del litoral. A esta inexistencia de una sociedad civil en las regiones más “atrasadas” del país, se le contraponen las mediaciones “clásicas” que sí existen en la región pampeana en donde la lucha revolucionaria es dirigida por el proletariado y los intelectuales.

Sin embargo, para Aricó queda claro que, si bien la perspectiva de la vía “pacífica” que llevan adelante las diferentes formas de organización que se dan en la región donde existe un sistema político articulado son siempre una posibilidad, nunca pueden ser pensadas como un programa de acción total: el carácter “transformista” del sistema y la presencia de elementos corporativistas y burócratas, desautorizan a congraciarse con la idea de que sea el proletariado y sus distintas formas de lucha y organización el único elemento protagonista de la lucha revolucionaria ya que pueden dejarse cooptar por parte del bloque dominante. Si el proletariado quiere ser una fuerza hegemónica dentro del campo social, no solamente debe deshacerse de esos supuestos elementos “espurios” que desvirtúan su conciencia, sino que también debe reconocer a otros sectores oprimidos, como lo son las masas rurales, a partir de establecer una alianza táctica y estratégica con las mismas¹¹.

Siguiendo este razonamiento de Aricó, esas masas campesinas, constituidas por la conciencia de “ser expoliadas, oprimidas, negadas, en su condición humana” pero que arrastran “una fuerza potencial de enorme valor revolucionario”, se convierten así en una de las principales fuerzas revolucionarias al ser las que más francamente se oponen a algún tipo de compromiso o conquista de sus derechos mediante el “arma de la crítica” dado que “sus palabras fueron hace muchos años silenciadas” Se desprende de ello, en

¹⁰ Burgos, Raúl *Los gramscianos argentinos...* pp., 89.

¹¹ Aricó, José “Examen de conciencia”, en *Pasado y Presente*, n°4, 1964, pp. 260.

conclusión, que “frente al polizonte que la persigue, el caudillejo que le engaña, el terrateniente que la expolia”, a esa masas solo les queda el recurso de la violencia, de la “crítica de las armas”.¹²

En un plano complementario, también el autor le otorga un papel preeminente a los intelectuales en el armado y organización de estas “fuerzas revolucionarias”, en el sentido de constituirse en un grupo que, orgánicamente conectado a las mismas, deben llevar adelante la función esencial de convertirse en la “vanguardia” del movimiento revolucionario. No obstante, al momento de precisar cual sería la forma de organización específica y quienes concretamente sus dirigentes-intelectuales que llevarían adelante tal tarea, Aricó se mostrara más que renuente a admitir siquiera alguna definición, planteando que “el tema del partido, de la organización revolucionaria del proletariado, del “intelectual colectivo”, a la vez que nos introduce en un territorio que requiere de un discurso más concreto y meditado que el que hoy podríamos hacer, (no obstante) se nos impone como un punto central”¹³.

Más allá de estas últimas cuestiones, que sin embargo hacen al entendimiento sobre como Aricó piensa y estructura un propio discurso y accionar político, por primera vez en la revista se le otorgará una inusitado lugar a la violencia revolucionaria de la mano del esquema teórico-político “guevarista-debrayano”; y en donde el protagonismo del sujeto que carga con ese valor sustantivo, no será únicamente la clase obrera, el sindicato o el partido, sino ese hombre pauperizado y marginalizado del mundo rural que conoce una única manera de oponerse a esas condiciones materiales de existencia: el empleo de la violencia.

Se desprende de una lectura atenta del artículo en general que la lucha política no es dejada de lado, ni mucho menos: sólo que a partir de la lectura dual de la formación social argentina que realiza Aricó, esa política que él muchas veces califica como “pacífica” y que se desarrolla especialmente en una región específica, la del litoral, debe combinarse con la acción directa, violenta, de las masas campesinas.

En donde comienza a alumbrarse una interesante profundización sobre el lugar y la implicancia de la violencia en los procesos revolucionarios, es en el artículo-reseña que Francisco Delich escribiera a propósito de libro de Franz Fanon *Los Condenados de la tierra*. Allí Delich repasa las ideas principales que se desprenden de la lectura del libro de Fanon, dividiendo su exposición en cuatro partes, una primera titulada “La

¹² *Op., Cit.*, pp. 262.

¹³ *Op., Cit.*, pp. 263.

Violencia”, una segunda llamada “La Revolución”, y las subsiguientes “La Cultura Nacional” y “Perspectivas. En esta enunciación parcial pero coherente en términos argumentales, el autor al momento de presentar los principales razonamientos de Fanon halla al mismo tiempo los motivos profundos que llevaron al médico argelino a afirmar, por ejemplo, la importancia fundamental de la violencia para entender el proceso de descolonización en Argelia. Desde esta perspectiva, Delich rescata una “doble e inteligente perspectiva de Fanon” al hablar de la relación que existió entre el colonialismo y sus efectos en la sociedad y en los individuos argelinos: por una parte la formación de una conciencia violenta, de una personalidad violenta en el nord-africano, por otra la explicación de que la lucha tribal y el deseo de la locura de muerte que “en un momento determinado se apodera del argelino, del colonizado, encuentra su explicación en el hecho primero de la colonización”¹⁴.

Sin embargo, el problema que intuye Delich de estos postulados no radica en este diagnóstico sino en cómo éste afecta la construcción por parte de Fanon de una teoría revolucionaria. En sus análisis Fanon le otorga un lugar central a la violencia al entender este que no solamente mediante la violencia se reconoce el individuo a sí mismo sino que es a partir de ella que se integra un grupo y es sólo a partir de ella que forja una conciencia colectiva, adquiriendo así una condición humana. La violencia se posiciona a lo ojos de Fanon, como una praxis absoluta y como una única posibilidad del hombre de liberarse y convertirse en un hombre total. A este carácter absoluto de la violencia, se le suma al mismo tiempo la espontaneidad como un atributo de esa misma individualidad de los sujetos que de manera “democrática” se ha expandido sobre todo el pueblo. De allí que en Fanon, comenta Delich, es importante la idea de que la violencia en estos términos se asocia a un valor inclusivo y participativo, sin las mediación de partidos o líderes que puedan intervenir en el proceso de liberación para corromperlo; en todo caso, sus lugares estarán condicionados a que se conviertan en defensores incorruptibles de las masas campesinas y no de la burguesía nativa o del proletariado urbano.

También Delich encuentra algo problemática esa permanente asociación que realiza Fanon entre la idea violencia y revolución. Retomando a Lenin, comenta que para éste “mientras la violencia es el instrumento con la ayuda del cual el movimiento social se abre camino y rompe las formas políticas, para Fanon es la praxis absoluta, no

¹⁴ Delich, Francisco “La teoría de la revolución en Frantz Fanon”, en *Pasado y Presente*, n°4, 1964, pp. 339-340.

solo para la revolución sino también para la personalización del colonizado”¹⁵ Esta lógica instrumental que advierte Delich en la idea de violencia, más que asociarla con un particular análisis que éste realizara sobre el proceso de descolonización argelino, habría que vincularla con el predominio existencialista que circula en la escritura fanoniana y en especial en relación a la vinculación que Sartre establece entre marxismo y revolución, aunque en el artículo no llega a exponer argumentos al respecto. El carácter absoluto que se desprende de la tesis de Fanon al otorgarle a la violencia un lugar central en el proceso pre y pos revolucionario, al tiempo que el problema epistemológico que surge de la generalización de resultados empíricos particulares, y sobre todo a partir del devenir del proceso político en Argelia entre 1961 y 1963, son los elementos que deberían, afirma Delich, tenerse en cuenta a la hora de relativizar la obra.

Para el autor de esta reseña, ello no invalida el valor metodológico que Fanon realiza en su intento por teorizar un fenómeno social más allá de sus advertidas limitaciones que, en última instancia, habla de una actitud coherente con su prédica sobre el lugar del intelectual en los procesos de liberación de los pueblos del “Tercer Mundo”. En un mismo plano, advierte, también es posible colocar como un acierto del libro el lugar que le otorga al campesinado en la revolución, en el sentido de proporcionar ciertos elementos que permiten discutir y profundizar su rol¹⁶.

Es interesante notar que en el número siguiente las críticas a Sartre y Fanon que Delich esgrimiera, y que por ejemplo Emilio de Ipola retomará en su artículo sobre Adam Schaff, no invalida que aparezca encabezando la edición un texto titulado “Lumumba y el neocolonialismo”, en donde Sartre al tiempo que realiza un homenaje Lumumba también lo hace con Fanon a quién considera como “el teórico de la violencia”¹⁷. Esta situación, no obstante, lleva a realizar una observación: la creciente presencia de la violencia revolucionaria en los distintos artículos que constituyen a la revistas en estos números, sumada a la propia experiencia de algunos integrantes en el EGP, sin embargo no llevó a una elaborar una mirada crítica sobre el lugar de la misma en los procesos políticos de la época, ni en clave analítica o teórica-conceptual, sea utilizando a Gramsci o a cualquier otro teórico o corriente de pensamiento.

¹⁵ *Op. Cit.*, pp. 341.

¹⁶ Según Delich, Fanon encuentra en el campesino sin tierra, el lumpen proletariado, el actor de la revolución dado que su lugar social profundamente subalterno le evitó caer en los beneficios materiales y simbólicos que la sociedad urbana capitalista si les ofrece al proletariado urbano y a los intelectuales.

¹⁷ Sartre, Jean Paul “Lumumba y el neocolonialismo”, en *Pasado y Presente*, nº5-6, 1964, pp. 2-3.

Ese carácter problemático que Delich marcara con respecto a la violencia revolucionaria a pesar de la brevedad de su extensión, no solamente no es retomado por el resto de los integrantes de *Pasado y Presente*, sino que con la aparición del artículo de Régis Debray “El Castrismo: la Gran Marcha de América” publicado en el año 1965 y que pertenece al número 7-8 de la revista, nuevamente comienza a disiparse a través de la idea preeminente de la “teoría del foco”. Sobre un diagnóstico “sociológico” que muy ligeramente realiza sobre la compleja realidad latinoamericana de la época Debray estructura una lectura interpretativa sobre los procesos revolucionario acontecidos llegando a la conclusión de que la lucha de las masas y sus organizaciones demostró que por sí solas no resisten el dominio total que ejercen los Estados en América Latina, dado que, como “la violencia organizada, en su totalidad, pertenece al enemigo”, en consecuencia “la replica popular, la acción de las masas, es fácilmente desmantelada por la violencia organizada del enemigo”. En todo caso, advierte el autor, solo la existencia de una fuerza minoritaria de “revolucionarios profesionales”, capacitados en elementos teóricos y prácticos garantizaría a través de un trabajo de organización y dirección, comandar una lucha insurreccional cuyo eje radicaría en la puesta en marcha de la lucha armada en las áreas rurales¹⁸.

Se desprende de esta exposición de los principales argumentos de Debray, que a esa violencia organizada y dirigida por un Estado total, indefectiblemente se debiera contraponer una violencia organizada y dirigida por un grupo de revolucionarios profesionales si se pretende que un proceso revolucionario triunfe. Son estos hombre instalados en los “parajes menos vigilados” y en “donde las contradicciones de clase son mas violentas pero menos manifiestas, mas latentes y comprimidas” como lo son las “zonas agrarias feudales”, los portadores, en última instancia, de los propicios lineamientos organizativos y teóricos para reorganizar y darán forma a una larvada violencia social ya existente. A esta necesidad del ejercicio de la violencia armada que el foco se atribuye, y que está relacionado con su carácter “vanguardista” en la lucha social y que depende de una “correcta lectura de las contradicciones sistémicas”, no esta exento, aunque en forma subordinada, un momento “político” determinado por la realización de ciertas “alianzas” tácticas con distintos partidos, sindicatos, universidades, o intelectuales, etc.¹⁹.

¹⁸ Debray, Régis “El Castrismo: La Gran Marcha de América Latina”, en *Pasado y Presente*, n°7-8, 1964/1965.

¹⁹ *Op.Cit.*, pp. 132.

A partir del análisis de este artículo, sin embargo, queda claro para Debray que el éxito de los procesos revolucionarios que se lleven adelante en el subcontinente, dependen de que las luchas sociales y políticas estén conectadas, ciertamente forma exterior, a un cuerpo político-militar que estaría encargado de garantizar una concreta oposición a la violencia organizada desde “arriba”, a través de la constitución de una organizada y férrea violencia desde “abajo”.

No obstante, toda la problemática de la “organicidad” entre violencia y sociedad civil y las implicancias teóricas y políticas que es posible extraer a partir del establecimiento de una igualdad semántica entre conceptos como “vanguardia”, violencia, revolución, y que Delich ya advirtiera en Fanon en el número anterior, tuvieron definitivamente poca repercusión en éste. Quizás por que, como afirma Héctor Schmucler la inclusión de este artículo de Debray se halla debido a una necesidad monetaria de la revista y que el grupo de Masetti la pudo satisfacer o simplemente a una influencia de un no definido “sentimiento ético”²⁰. Sin embargo, lo cierto es que a través del texto del filósofo francés, la revista colocaba el tema de la violencia revolucionaria en un plano de alta visibilidad expositiva, evidenciando al mismo tiempo un discurso que circulaba en el mundo intelectual de la izquierda por aquel entonces.

Será en el último número de esta primera etapa que la revista recuperara otra visión estratégica y táctica sobre el cambio social, ya no tanto vinculada con las recomendaciones de Debray, sino a las posibilidades de llevar adelante una transformación social a partir de las potencialidades del “mundo fabril”. La cuestión obrera en este último número aparece como un elemento central en el pensamiento político de varios de los intelectuales nucleados en la revista, y como afirma Burgos, marcaba una clara diferencia con respecto al número 4 “cuando una verificación del fenómeno de la “aristocracia” (obrera) era usada para fundamentar la de los “sectores sociales revolucionarios” del noroeste argentino” y ahora eran empujadas las contradicciones existentes al interior de la fábrica²¹.

Es en el artículo de Aricó titulado “Algunas consideraciones preeliminares sobre la cuestión obrera”, escrito en sintonía con el conflicto obrero-patronal desarrollado en la Fiat de Córdoba, en donde esta situación se evidencia con una mayor claridad, al intentar otorgarle a la revista un nuevo marco de acción en la búsqueda de formar una

²⁰ Burgos, Raúl *Los gramscianos argentinos...* pp. 91.

²¹ *Op. Cit.* pp. 94.

organización y una conciencia revolucionaria en la clase obrera. Principalmente es recatado por Aricó el papel de la fábrica y su peso en el entramado socioeconómico de Córdoba, en un proceso que aparece como irreversible y novedoso con respecto a la situación histórica de la formación social argentina. El carácter de los cambios técnicos y productivos, advierte, desarrollaron en los últimos años un incremento del número de obreros y en consecuencia un peso mayor en la estructura socio económica. Es hacia este sector social que los intelectuales, recomienda Aricó, deberían centrar el trabajo y en torno de una acción cultural que tienda a establecer una unidad entre estos y la clase, dada la alienación que produce el “despotismo de las maquinas”, la pérdida del sentido de la humanidad y la enajenación de los materiales intereses, a nivel de la conciencia social y sobre todo política²².

Esta violencia económica que produce el capital en el mismo proceso productivo sobre el obrero a partir de la monopolización de los medios de producción, para el autor tiene una intrínseca relación con sistema político democrático “formal”. La imposibilidad de la clase obrera de elegir sus representantes y de ejercer sus derechos cívicos antes que nada es “previa y deriva de la estructura misma del sistema”, ya que la “democracia no puede existir mientras siga estando en manos de un reducido grupo de personas el poder de decidir sobre el hambre, la fatiga, el trabajo, la vida misma del conjunto de los trabajadores”²³. Esta negación del capitalismo que implica a su vez la negación de la “superestructura” política sobre los derechos de los trabajadores, es un argumento fundamental en la estructuración del artículo de Aricó, ya que no solamente da visibilidad al problema de la relación entre capitalismo y democracia, sino que en su interpretación el posicionamiento por parte de los trabajadores y por ende de los intelectuales, debería ser de un rechazo total a la violencia política que el mismo sistema sostiene. Sin embargo, sus consideraciones sobre el lugar de la violencia revolucionaria en este cuadro político si bien en el artículo es apenas esgrimido, esta lectura sobre la democracia habilita el pensamiento, por un lado, sobre la inviabilidad de un sistema de gobierno y político, y por otro, de la necesidad de una acción directa que indefectiblemente lo transforme en términos radicales.. Al mismo tiempo, aquí en ningún momento es abordado el papel de esas masas rurales proletarizadas que sólo hace unos años atrás se constituían en un sujeto revolucionario, ni al grupo de

²² Aricó, José “Algunas consideraciones preliminares sobre la cuestión obrera”, en *Pasado y Presente*, n° 9, pp. 46-47.

²³ *Op., Cit.*, pp.50.

“revolucionarios profesionales” que tanto énfasis realizara Debray en su artículo sobre el “Castrisimo”.

b) Segunda etapa (1973)

En esta segunda etapa de la revista, bautizada por Raúl Burgos como “Los años Montoneros”, el análisis de la realidad argentina y sobre todo de las fuerzas sociales progresistas, girará en torno a la problemática del peronismo y el lugar de los intelectuales en sus distintas tendencias. Si bien se sigue pensando en la centralidad de la clase obrera y de la fábrica que Aricó esbozó en el último número, hay puntos salientes en esta nueva etapa que estarán, en primer lugar, en relación a un sentido mas social y de masas de la lucha revolucionaria y, en un segundo plano, a la necesidad de la puesta en marcha de una organización política que unifique todas las fuerzas sociales²⁴.

Pero lo que también se retoma desde otro ángulo, es el tema del momento violento en los procesos revolucionarios, acompañado de una velada crítica al “vanguardismo” y a las organizaciones “extremistas”. Es a través de artículos como el de Aricó y Portaniero, pero sobre todo a partir del de Ben Brewster, que quizás mas detenidamente que en otras ocasiones, comience a tratarse en la revista el lugar de la violencia en los procesos sociales, y en forma específica, en los desarrollados en la Argentina desde el golpe de Onganía hasta el gobierno democrático de Héctor Cámpora.

En este sentido, en esta nueva etapa si bien la revista adquiere un carácter plenamente político, zambulléndose en el acontecer político y delineando políticas y estrategias de autonomía como grupo intelectual siguió considerándose prioritario, por lo menos hasta que la radicalización política y social lo permitió²⁵.

En esta etapa, según comenta Burgos, los intelectuales pasado presentitas estarán en un estrecho contacto con una fracción de Montoneros, la de Roberto Quieto, con una intencionalidad política y teórica en vistas de influir en un proceso que se advertía en un camino más “militarista” que “consejista”, de base, al estilo de la tradición gramsciana²⁶.

Si bien el resultado de la experiencia de Montoneros girará hacia una preeminencia de lo militar sobre lo político, esta clave consejista será una constante a lo largo de los dos número de esta segunda etapa por que, entre otras cosas, representaba

²⁴ Los dos únicos de esta etapa corresponden a la nueva serie iniciada en 1973.

²⁵ Burgos, Raúl *Los gramscianos argentinos...* pp 223.

²⁶ Jorge Tula, citado en Burgos Raúl *Los gramscianos argentinos...*, pp 222-223.

según el editorial del primer número, un sentido pleno de participación democrática de los trabajadores en la política pero también porque los consejos forman parte de un marco social más amplio de politización vinculado a otras estructuras como la escuela, el barrio, la ciudad, las profesiones.

Esta necesaria politización de lo social y de lo económico que la revista exaltara, estuvo marcada por las luchas obreras y populares ocurridas desde 1969 que en adelante “demostraron que la participación de las masas es la característica distintiva de la coyuntura actual”²⁷. Pero más allá de que para la revista “Argentina era un país maduro objetivamente para el socialismo”, la preocupación fundamental pasaba por la creación de una organización que pueda unificar todos los componentes que integran las luchas parciales de las masas. Este problema de la instrumentalización de un poder revolucionario que unifique un movimiento anticapitalista amplio y democrático, va a poner en tensión dos temas fundamentales: por un lado, el papel de las “vanguardias” políticas y de los intelectuales en este, y por el otro, el lugar del momento revolucionario violento; o lo que es lo mismo, cual debería ser el protagonismo de Montoneros, entendido a estos como una organización político-militar, en los avatares de las luchas populares.

El elemento unificador que proponen para intentar ir resolviendo esta compleja situación política, pasaba por difundir la idea general de que “el poder no se toma” sino que se construye y constituye a partir de todo un sistema de relaciones históricamente condicionadas. La unificación del movimiento social en ciernes, siendo tan diverso, pasa por no convertir a sus distintas partes en meras correas de transmisión de objetivos políticos no suficientemente comprendidos por las masas y elaborados por un “Estado Mayor de la revolución”. El lugar del grupo dirigente que comande ese conglomerado de fuerzas sociales, en todo caso, tiene que pertenecer de manera orgánica al mismo, al tiempo que elaborar objetivos políticos que sean comunes a los distintos componentes sociales. Este pensamiento político del editorial, apuntaba básicamente a evitar el “extremismo” en el cual algunas corrientes de la izquierda marxista o peronista incurrieron o puedan llegar a incurrir, en el sentido de militarizar o burocratizar las fuerzas sociales que integraban el movimiento de lucha popular.

Sin embargo, no se infiere necesariamente de una lectura atenta del texto una crítica fuerte a la idea del “vanguardismo”. Es más, el vanguardismo de un grupo

²⁷ Editorial, Pasado y Presente “La “larga marcha” al socialismo en la Argentina”, en *Pasado y Presente*, n°1 (nueva serie), 1973, pp. 11.

político surgido del interior del movimiento de masas, es el agente indicado para llevar adelante un combate ante el “momento corporativo” en que incurren a veces las masas y ayuda a esbozar una “desembocadura política a niveles generales”²⁸.

No obstante, para la revista es claro que un movimiento de este tipo no puede crecer como un sistema de contrapoderes, que avance en el espacio social y político hasta que el Estado sancione “la revolución”. En todo caso, aclara, el avance en una dirección opuesta al sistema obliga a pensar las consecuentes crisis que evidenciaran la existencia de dos opciones antagónicas: el capitalismo o el socialismo. Infiere de ello que “no se puede renunciar al carácter de salto cualitativo o “violento” del momento revolucionario, ni a la necesidad de una organización política de vanguardia”, que lleve adelante ese último “asalto” y logre consolidar al bloque de fuerzas sociales revolucionaria en el poder. El lugar de la violencia organizada en el proceso revolucionario, es al mismo tiempo expresión de la violencia cotidiana que produce la explotación económica, pero también la burocracia sindical y el aparato militar-estatal.

En este marco de una sociedad violentamente constituida, y en el marco de la coyuntura de marzo de 1973, la revista explica el papel de la violencia armada en el proceso revolucionario, pero aclarando que la misma expresa un movimiento democrático de participación popular que le da sustento y al cual está “orgánicamente” ligada²⁹.

Es interesante notar que esta tensión entre un movimiento social democrático, que tiene su núcleo más firme en la constitución de una red de consejos obreros y el “momento” violento, el de la organización armada, pasará a constituirse en una preocupación constante para los intelectuales de *Pasado y Presente*, al intuir los peligros que acarrearía la autonomización de la violencia revolucionaria. Aunque no es del todo claro como se resuelve aquí esta tensión, si es pertinente indicar que en esta etapa el lugar de la violencia comienza a tener un espacio propio de problematización que en comparación con la otra era abordado quizás de manera tangencial o hasta secundario. De allí el sentido del artículo de Ben Brewster, en donde se apunta al carácter necesario del derrocamiento violento del Estado burgués ante el fracaso histórico distintas formas de lucha y organización no violentas, y en donde al mismo tiempo se critica el accionar “terrorista” de las guerrillas urbanas y su intento de

²⁸ *Op. Cit.*, pp. 13.

²⁹ Las fuerzas sociales mencionadas por el texto entre otras eran, la Juventud Peronista, el sindicalismo combativo encarnado por SITRAC-SITRAM, SMATA, además de intelectuales y estudiantes de izquierda.

constituirse en una “vanguardia revolucionaria” dado su carácter militar-burocrático constitutivo.³⁰

Si bien en el segundo número de esta nueva etapa la idea del poder dual, tal como Brewster lo explicitara en su texto, aparece como el eje conceptual en donde se podrían enmarcar la táctica y el objetivo político de esas fuerzas sociales revolucionarias, la coyuntura de mediados a fines del '73 ha puesto en evidencia ciertas complejidades para su realización. Advierte *Pasado y Presente*, en un clima marcado por la renuncia de Cámpora del gobierno y la elección que finalmente consagró a la fórmula Perón-Perón que la coyuntura se caracteriza por una “crisis política” que puede devenir en un “verdadero estado de guerra civil al interior movimiento del peronismo”, con una proyección de sus consecuencias sobre el conjunto del país³¹ Esta nueva situación que marca la creciente radicalización entre dos fuerzas antagónicas al interior del peronismo, es leída por la revista desde una doble mirada crítica. Si por un lado se reclama ya abiertamente a Montoneros su poca vinculación con la clase trabajadora y las luchas de masas en general, por otro lado a través del artículo de Juan Carlos Portantiero, se encargará de criticar tanto al “extremismo” que pregona a la lucha armada como única táctica insurgente como a la “pasividad” que supone para las fuerzas revolucionarias la adscripción a una táctica electoralista³².

Esta aguda crítica por parte de Portantiero a diferencia del anterior número, habla de una percepción cada vez más nítida del alcance del enfrentamiento social que imperaba en el país hacia esos años, y el estado poco articulado de las fuerzas sociales que pensaban en una transformación radical de la sociedad. El cuestionamiento a la autonomización de la violencia en su faceta revolucionaria del momento, la lucha armada, de los contrapoderes sociales constituidos a partir de la participación de sectores sociales diversos, es un eje clave para entender por donde pasaban las preocupaciones de los intelectuales nucleados en la revista. Tal es así que ante la fundamental y permanente cuestión de erigir una organización política unificadora, la publicación del artículo de Antonio Carlo sobre “La concepción del partido revolucionario en Lenin”, evidencia como un síntoma esa situación pero advirtiendo más bien cómo debería estructurarse una dialéctica relación entre las masas y la dirigencia, más que rescatando al partido como una forma de organización de la lucha

³⁰ Ben Brewster “Insurrección y poder dual”, en *Pasado y Presente*, n°1 (nueva serie), 1973, pp. 154-155.

³¹ Editorial, *Pasado y Presente*, en *Pasado y Presente*, n° 2 (nueva serie), 1973, pp. 177.

³² Portantiero, Juan Carlos “Introducción a un inédito de Cooke”, en *Pasado y Presente*, n°2 (nueva serie), 1973, pp. 371-372.

social en un tiempo en que, indefectiblemente, se ha decretado un límite a las mediaciones que propuso antaño pregonara el sistema político.

Conclusión

Se ha tratado de hacer notar cómo el problema de la violencia en la revista *Pasado y Presente*, fue alcanzando distintas tonalidades a través de su existencia. En un contexto marcado por las luchas sociales y políticas que hacia la década del '70 tendrán como principal característica una profunda radicalización de los actores sociales, los intelectuales *pasado presentitas* esbozaron ciertos discursos sobre la violencia que, en general, tendieron a otorgarle un determinado sentido. Si bien sobre todo será a partir de su segunda etapa en donde el lugar de la violencia organizada “desde abajo” pasará a tener una fuerte presencia dentro del esquema teórico, político, táctico y estratégico del grupo, no obstante en su etapa anterior sus reflexiones no dejaron de lado el lugar de la misma en la constitución de las relaciones sociales bajo el capitalismo de la época. Es cierto por demás que esta no era la única de sus preocupaciones intelectuales, sino que el espectro al cual apuntaban era de tal diversidad que incluía lo estético, lo literario, lo filosófico y lo ideológico en sus distintas significaciones.

Desde la mirada crítica de un Rozichner que colocaba a la violencia subalterna como una “exacta respuesta” a la realizada por las clases dominantes en términos materiales, pasando a la esgrimida por Aricó pero en términos del dominio simbólico y político ejercido por el “mundo comunista”, y la exaltada por Debray a través de la noción del foquismo, sin olvidarnos de los peligros que Delich advirtiera en la idea de una absolutización de la violencia en Fanon, en esas líneas, en esos textos, es posible observar un desparejo tratamiento de la cuestión pero una clara visibilidad sobre el tema de la violencia. En definitiva, esta fracción de intelectuales de la izquierda argentina, que hacia los años '70 insistió de forma más armónica y quizás argumentada que en los sesenta, consideraba a la violencia como un aspecto central en el proceso de “liberación nacional” pero vinculada a una densa trama de relaciones constituidas en su pertenencia formal y sustantiva a un movimiento social amplio y participativo.

Quizás, la idea que recorría a la mayoría de los integrantes de esta experiencia político-cultural argentina, era la de darle un anclaje social a la violencia pero, sobre

todo en su segundo número, limitándola un espacio determinado en donde el momento militar no este por sobre el momento de la política.

En el medio han quedado temas a seguir trabajando, indudablemente. El del lugar de los intelectuales en esta experiencia, y en especial la mirada que la revista revistió sobre la relación entre los intelectuales y pueblo, será de un interesante aporte para dilucidar como la revista se ubicaba a si misma en un imaginario y en ese panorama de luchas sociales y políticas. Y sin duda, la elaboración de un recorrido más amplio de las distintas aristas que plantea el tema de la violencia en la intelectualidad de izquierda del período, requerirá de un trabajo que cubra los demás emprendimientos culturales y/o políticos de la época, al tiempo de elaborar una sociología sobre el devenir de este sector del campo intelectual argentino.